

en los hechos reales, ó debéis retirar vuestro proyecto de ley militar.» Tenía razón.

Los debates pusieron de manifiesto las ilusiones de los hombres de la izquierda respecto á Alemania. Garnier Pagés se hallaba tan atrasado que estaba en los tiempos de 1848 y no había pasado del pacto fraternal propuesto por la segunda constituyente al Parlamento de Francfort; y tan grande era su candidez, que creía que en Alemania la opinión se pronunciaba cada vez con mayor energía contra Bismarck, cuya obra, afirmaba, «encontrará obstáculos que la destruirán.» Emilio Ollivier preconizaba la alianza franco alemana, y si bien admitía que se impidiese á Prusia que acabase la unificación de Alemania por la fuerza, no quería que se pusiesen obstáculos á que Alemania se unificase libremente.

El término del debate fué ruidoso. Thiers había criticado el principio, con frecuencia emitido por Napoleón, que consistía en que el pueblo sancionara ó rechazara las anexiones por medio del plebiscito. M. Rouher aprovechó la ocasión para defender el derecho de las naciones y la soberanía del pueblo, y provocó una tempestad parlamentaria para levantar el espíritu de la mayoría. «La nación, dijo, proclamó libre y espontáneamente á Luis Napoleón después del 2 de diciembre.» Al oír esto, la izquierda se levantó lanzando gritos de ira; y Thiers, uniéndose á los republicanos, exclamó: «No habléis del 2 de diciembre delante de aquellos á quienes proscibió.» No se amilanó Rouher, quien replicó que el 2 de diciembre había salvado á Francia. Se cruzaron de banco á banco los más violentos apóstrofes, y de pie mayoría y minoría, se amenazaban y estaban á punto de pasar de las palabras á los hechos. La orden del día fué votada por 219 contra 45.

Bismarck desvaneció la teoría de Rouher que dividía Alemania en tres grupos, publicando los tratados secretos firmados por Prusia con los Estados del Sur del Mein. ¿Lo sabía el gobierno francés? Sí, según revelaciones posteriores de M. Rothan, entonces encargado de Negocios en Francfort. Bismarck había dado noticia de dichos tratados al embajador francés bastante tiempo atrás; pero en el Parlamento los gobiernos, acosados por las oposiciones, que con tal de herir desnaturalizan los hechos, suelen defenderse atenuando y también ocultando la verdad.

XXVI

CUESTIÓN DEL LUXEMBURGO. — EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE 1867

A pesar de las palabras pacíficas del emperador y de sus ministros, la opinión estaba preocupada porque temía que estallase la guerra. Napoleón estaba empeñado en anexionarse algún territorio, teniendo más en cuenta el efecto que el hecho produciría en los franceses, que la importancia del pedazo de tierra que se unía á Francia. Hemos dicho que después de haber desistido de la rectificación de frontera en el Rhin y luego de la anexión de Bélgica, pensó en el Luxemburgo, cuya parte oriental formaba un gran ducado perteneciente al rey de Holanda. Como Bismarck no le secundara, resolvió dirigirse directamente al monarca holandés para comprárselo. La adquisición hubiera tenido alguna importancia desde el punto de vista estratégico, pues las fortificaciones construidas por Vaubán habrían protegido la frontera francesa. El Luxemburgo había entrado á formar parte de la Confederación germánica en 1815, y en su nombre Prusia daba guarnición á sus plazas.

Bismarck había aconsejado á Napoleón que tratase con el rey de Holanda y ultimase el asunto antes de la reunión del Reichstag ó Parlamento de la nueva Confederación; pero Napoleón no aprovechó el consejo, dado en septiembre de 1866, y hasta febrero de 1867 no entabló las negociaciones con el rey de Holanda, á quien en marzo aseguró el embajador francés que no había que temer ninguna objeción de Berlín; la anexión sería ratificada por un plebiscito y se fijaría la indemnización. El rey accedió á medias diciendo: «Pues bien; yo no digo que no,» prometiendo tener el asunto secreto. Moustier autorizó al embajador para ofrecer cuatro ó cinco millones de francos y firmar los dos tratados.

Cuando el despacho de Moustier llegó á la Haya, había ya sospechado el rey que no existía la mejor armonía entre Francia y Prusia, y propuso al embajador francés encargar de la cesión á las potencias firmantes del tratado de 1839. En vista de esto Moustier ordenó á Benedetti que obtuviese la adhesión de Prusia; pero Bismarck le declaró que no solamente tenía que contar con el rey, sino también con el Parlamento y con la opinión pública, por cuyo motivo no podía autorizar á nadie para declarar que Prusia había consentido en la incorporación del Luxemburgo á Francia; pero como nadie había protestado contra la anexión, el rey de Holanda creyó que podría ceder é hizo te-

legrafiar al emperador que consentía en la cesión. Moustier escribió á Benedetti: «Hemos llegado al punto decisivo; tome usted todas las precauciones. El emperador considera la cosa como concluída. Volver atrás es imposible.»

Los jefes de casi todos los partidos se propusieron interpelar á Bismarck para saber si el gobierno prusiano tenía noticia de las negociaciones y si estaba decidido á asegurar la unión del Luxemburgo con Alemania de una manera permanente y el derecho de Prusia á mantener guarnición en aquella plaza. En este caso los interpelantes prometían al gobierno el apoyo unánime de todos los partidos. Fuera del Parlamento, en la prensa y en el público fué grande la agitación, y Benedetti telegrafió á París que Bismarck temía que no fuera posible dominar el movimiento. En tanto el embajador prusiano suplicaba á Moustier que desistiera. En la mañana del 1.º de abril, en que se hizo la interpección, Benedetti tuvo una conversación con Bismarck, quien le dijo que si se anunciara al Parlamento que era ya un hecho el tratado entre Francia y Holanda, habría una manifestación de un alcance extraordinario, por cuyo motivo sólo haría semejante comunicación si el embajador francés le autorizaba. Benedetti no quiso dar la autorización, y Bismarck se limitó á decir en el Parlamento que no sabía si estaba ultimado ó no el tratado, y manifestó la esperanza de que se lograría sostener los derechos alemanes sin peligro de las relaciones amistosas. El tratado no se firmó aquel día en el Haya porque el ministro de Holanda advirtió que debía figurar entre los firmantes el presidente del gobierno de Luxemburgo, Tornaco, y que hasta su llegada era preciso aplazar el acto, aplazamiento que agüó el negocio, pues al conocerse lo ocurrido en el Parlamento alemán, el embajador de Prusia en el Haya aconsejó en nombre de su gobierno que se renunciara á la cesión del Luxemburgo en interés de la paz, y el ministro de Holanda se negó á firmar, fundándose en que la pretendida armonía entre Francia y Prusia no existía.

Napoleón se indignó y pareció decidido á la guerra á pesar de la Exposición universal, que acababa de abrir solemnemente el mismo 1.º de abril. Trabajó asiduamente con su ministro de la Guerra Niel y con los generales Lebœuf y Trochu, y hasta se llegaron á enviar órdenes á Argelia y á los departamentos del Mediodía para concentrar tropas. Pero el gobierno francés no podía pensar seriamente en la guerra, atendido el estado de su ejército; pues si bien el mariscal Niel declaraba públicamente que el gobierno tenía resolución y fuerza, en el seno de la confianza decía que jamás aconsejaría una guerra sin aliados, y que primero se dejaría descuartizar que declararla. Moustier trabajó en este sentido. Se habló de acudir á las potencias firmantes de los tratados de 1839; después declaró que Francia no tomaría la iniciativa de la consulta, pero consentiría que se examinaran los tratados y que las otras grandes potencias resolvieran sobre el derecho de Prusia á mantener guarnición en el gran ducado. Bismarck hizo declarar en Londres que Prusia, en vista de la situación del momento, no podía consentir en la evacuación de la fortaleza de Luxemburgo, pero al mismo tiempo

se mostró dispuesto á aceptar una proposición de Beust según la cual podía unirse el Luxemburgo á Bélgica y ser declarado por lo mismo país neutral, cediendo Bélgica á Francia algún territorio (Philippeville y Marienburgo). A esto se opuso el rey de Bélgica y Napoleón no quiso oír hablar de este arreglo, pues consideró en aquella situación más propio de su dignidad no aceptar un au-



Moustier, ministro francés

mento insignificante de territorio. La neutralización del Luxemburgo permitía á Prusia renunciar á su derecho de guarnecerlo.

Siempre activo Bismarck, quiso aliarse con Austria para paralizar la acción de Francia, y para lograrlo se valió de la mediación del gobierno bávaro; pero el barón de Beust conservaba la esperanza de tomar á la primera ocasión favorable el desquite de Königgratz, y se opuso; mas sabiendo que ni Austria ni Francia se hallaban suficientemente preparadas para la guerra, se encargó de mediar, con lo cual contribuyó á evitar el conflicto armado. La neutralización del Luxemburgo también era factible. El príncipe Gortchakoff propuso resolver la cuestión en este sentido en una conferencia, y accedió Bismarck. Prusia pedía para renunciar á su derecho que la neutralidad del Luxemburgo

fuese garantida por todas las grandes potencias; mas Inglaterra no quiso contraer semejante obligación. El plenipotenciario ruso, Brunnow, presentó una fórmula según la cual cada gran potencia respondería individualmente de la neutralidad del gran ducado, aunque no respondiesen todas colectivamente, lo cual Inglaterra interpretó en el sentido de que quedaba libre de todo compromiso siempre que otra gran potencia retirase su concurso. Según esta interpretación, la garantía sería ilusoria en el momento en que hubiera de hacerse efectiva, es decir, si una gran potencia fronteriza faltase á la neutralidad del gran ducado, separándose así de la garantía colectiva; pero el deseo de acabar con tan enojoso asunto fué tan general, que los conferenciantes prescindieron de este contrasentido, y después de cinco días de conferencias firmaron el convenio de Londres del 11 de mayo, según el cual Francia renunció á la anexión del Luxemburgo, Prusia á su derecho de guarnición y el rey de Holanda prometió arrasar la fortaleza y no reconstruirla nunca. Se reconoció también la separación completa de Alemania, de Limburgo, y su reunión con Holanda. En vista de las declaraciones del gobierno inglés, dadas unas cuatro semanas después en la Cámara de diputados y en la de los lores, la garantía colectiva en definitiva se redujo á que cada potencia aisladamente tenía el derecho de defender con las armas la neutralidad del Luxemburgo, pero que ninguna de ellas estaba obligada á ello.

Durante toda la crisis la diplomacia francesa observó la más prudente reserva, pero el ministerio de la Guerra hizo los mayores esfuerzos activando sus armamentos. Moustier escribió en 6 de abril á Benedetti: «Nos han inferido una herida grave, no podemos ocultarlo, y nuestra confianza en Bismarck está tan quebrantada, que no podemos explicar su conducta de otra manera que creyendo que nos ha tendido un lazo confiando en nuestra buena fe. Hemos estado expuestos á una guerra; muchos creen que la intención de Prusia ha sido irritarnos y que nos irritará también más adelante... De todos modos procuraré que todo buen propósito del gabinete de Berlín halle abierta nuestra puerta, sin que por esto cuente con semejante contingencia; pero si Bismarck llega á buscar intencionadamente motivo de contienda, nos encontrará.»

Los armamentos habían progresado en aquellas semanas notablemente: el ejército de Argelia estaba á punto de embarcarse en Argel; el campamento de Chalóns se había abierto antes de la época acostumbrada y contenía doble número de tropas que en otro tiempo; se habían entregado á los depósitos seiscientos mil chassepots y se esperaban nuevas remesas de España y de América; se pertrecharon las fortalezas; en Metz se reunió un inmenso parque de artillería; se habían llevado á Estrasburgo lanchas cañoneras; se habían llamado las reservas de 1864 y 1865; no se había licenciado la quinta de 1860, y en todas partes, en Hungría, en Suiza y en Italia estaba comprando el gobierno francés caballos y mulas. No obstante, faltaba todavía mucho para que Francia estuviera realmente preparada para la guerra, pues á Napoleón convenía establecer la

nueva ley del servicio militar y asegurarse alianzas antes de emprender nada contra Alemania. A estos dos últimos puntos se dirigió su atención sin desviarse, y éste fué motivo bastante para que evitara que la guerra estallase antes de tiempo. A esto se agregaba el deseo de no echar á perder la Exposición Universal de París, á la que debían acudir muchos soberanos, entre ellos el rey de Prusia, y que atraería á París á millares los extranjeros. Napoleón gozaría una vez más con tranquilidad del poderío y magnificencia del Imperio. A pesar del lenguaje belicoso de muchos periódicos de París, la opinión pública se alegraba de la conservación de la paz.

El 1.º de abril de 1867 Napoleón inauguró la Exposición en medio de las aclamaciones de los expositores. El emperador se había propuesto asombrar á Francia y á Europa levantando un gigantesco edificio de construcción ligera, destinado á desaparecer al terminar la Exposición, é instalando en el Campo de Marte los productos del arte y de la industria de Europa y del mundo entero. En una serie de círculos concéntricos había cafés, fondas y salas de concierto, donde se saboreaban los manjares y se oía la música de todos los países. Jardines improvisados servían de cuadro á palacios árabes, egipcios, chinos, persas, y allí se veían edificios que eran modelos de la arquitectura de todos los pueblos, desde la choza del salvaje al palacio gótico y oriental. Al otro lado del Sena, Mr. Haussmann había dispuesto una colina, á la que se subía por una suave pendiente y desde cuya altura se abarcaba el Campo de Marte, tan admirablemente transformado. El palacio de la Exposición producía extraordinario efecto y encerraba una rica y sorprendente variedad de todos los productos de la Industria y de las Bellas Artes, unidos á la Arqueología y las ciencias aplicadas, proporcionando mil medios variados de comparación respecto á los adelantos de los diferentes países.

En mayo de 1867 estaba en todo su esplendor y afluían á París millares de visitantes procedentes de Europa, de América y también de Oriente. El tsar Alejandro II llegó á París el 1.º de junio, y pocos días después el rey Guillermo de Prusia, acompañado de Bismarck. Durante su permanencia en la capital de Francia abundaron las grandiosas fiestas dadas por Napoleón en obsequio de sus coronados huéspedes, y mientras el emperador trataba de atraerse á Alejandro II y, por tanto, á alejarle de Prusia, el rey Guillermo y Bismarck cuidaban de que no se enfriasen las simpatías existentes entre San Petersburgo y Berlín. Hay que confesar que los acontecimientos, debidos á la pasión política, contrariaron á Napoleón y favorecieron á Bismarck. El 6 de junio el emperador ofreció al tsar y al rey de Prusia el espectáculo de una revista de sesenta mil hombres de la guardia imperial y de otros cuerpos; y al regresar, cerca de la Gran Cascada, cuando pasaba el primer carruaje, se oyó un pistoletazo disparado contra Alejandro II por un polaco, de nombre Berezowski, quien fué detenido en el acto. Compareció ante el jurado, que teniendo en cuenta su edad, sus buenos antecedentes y el fanatismo político que había sido el móvi-

de su delito, admitió circunstancias atenuantes para librarle de la guillotina. El tsar dominó sus impresiones, nada dejó traslucir, y después del atentado aún permaneció en París algunas semanas. Los grandes cuerpos del Estado se apresuraron á protestar para desagaviar al imperial huésped de Francia. El rey de Prusia y el tsar salieron de París el 11 de julio. Alejandro II recordaba, además del atentado, una grosería de que fué blanco, pues Floquet le había lanzado al rostro este grito: «¡Viva Polonia, caballero!»

Al distribuir Napoleón las recompensas á los expositores, pronunció un discurso muy pacífico. Los reyes y los príncipes se sucedían en París, y no parecía sino que el mundo entero rendía homenaje á aquel soberano, tan quebrantado. En las pomposas recepciones de las Tullerías se vió al rey de Bélgica, al príncipe de Gales y á uno de sus hermanos, al rey de Baviera y á otros soberanos alemanes, al de España, al príncipe heredero de la corona de Holanda, al de Italia, al jefe de Egipto y también al sultán, cuyos antecesores jamás habían salido de Oriente. Hasta el hermano del taicóun del Japón vino á París.

La Exposición se cerró el 4 de noviembre. El gran bazar cosmopolita del Campo de Marte había confundido materialmente á todos los pueblos y todos los idiomas, pero no había conciliado las tendencias ni fundido los intereses. Sus resultados á favor de la paz fueron nulos, y continuaban los puntos negros en el horizonte, como confesó Napoleón al contestar al alcalde de Lille. El movimiento comercial no era el que se esperaba, pues al vertiginoso producido por la Exposición, sucedió la atonía, debida á que nadie tenía seguridad en el porvenir, y faltando la confianza, faltaba el empuje para los negocios. Al mismo tiempo se agitaban los internacionalistas, si bien hablaban de la paz, pero basada en su especial ideología. Los internacionalistas franceses se pusieron en contacto con las *Trade's Unions* inglesas, que apoyaron una huelga de los obreros broncistas de París. La asamblea de Lausana terminó sus sesiones decretando la formación de la liga de la paz y de la libertad, la federación cosmopolita y cosas por el estilo.

XXVII

MENTANA. — LAS NUEVAS LEYES

Llamó la atención la visita hecha en agosto al emperador de Austria por Napoleón y la emperatriz Eugenia. Se dirigieron á Carlsruhe y Stuttgart, pasaron por Augsburgo y de allí fueron á Munich; el rey Luis de Baviera les acompañó hasta Rosenheim, y llegaron á Salzburgo en 18 de agosto, cumpleaños del emperador Francisco José, donde pasaron cinco días de fiestas brillantes. Beust estuvo en cuerpo y alma á favor de la alianza con Francia, pero frío Andrassy. No pudo el primero aconsejar un tratado formal y se limitó á redactar un memorándum muy breve: ambas potencias velarían por la observancia exacta de la paz de Praga; Francia se abstendría de amenazas, y entre tanto Austria procuraría ganarse las simpatías de la Alemania del Mediodía con el desenvolvimiento del sistema constitucional. En la cuestión de Oriente se pusieron los dos soberanos de acuerdo para mostrarse más flexibles con el sultán y no aprovechar los sucesos de Creta. Finalmente se acordó que en caso de que Rusia pasara el Pruth, Austria ocuparía inmediatamente la Valaquia. Estos acuerdos se tuvieron muy secretos.

No se dejó engañar el gabinete de Berlín, tanto menos cuanto Napoleón, á su regreso á París, no quiso pasar por Coblenza para devolver en Ems al rey de Prusia la visita que le debía. El emperador de Austria fué á París, donde se le obsequió y se ganó generales simpatías, especialmente al pronunciar un brindis en el banquete que le fué ofrecido en el palacio del Ayuntamiento, en cuya ocasión dijo que habiendo visitado algunos días antes el sepulcro de sus antecesores en Nancy, había sentido el deseo de que toda discordia entre Francia y Austria quedase sepultada en aquellas tumbas; que se alegraba de la recepción cordial que le había hecho París, pues que en nuestros tiempos la amistad de los soberanos tenía doble valor cuando se apoyaba en las simpatías de los pueblos. Por su parte el conde de Beust no perdió ninguna ocasión para afirmar la amistad de ambos soberanos, asegurando en una circular que al poco tiempo dirigió á los embajadores de Austria, que los dos gabinetes, aunque no estaban unidos por una alianza formal, se hallaban perfectamente de acuerdo en todas las cuestiones pendientes.

La satisfacción de Napoleón fué amargada por los sucesos que en aquellos días ocurrieron en Italia. Desde que la evacuación de Roma por los franceses